

El Eco de Cartagena.

Año XXV.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7189

Precios de suscripción.

CARTAGENA, un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 750 id.—EXTRANJERO, tres meses, 1125 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Corresponsal en París para anuncios y reclamos, Mr. A. Lorette, 51 bis rue Saint-Anne.

Números sueltos 15 céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

SABADO 24 DE OCTUBRE 1885.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

LO QUE OCURRIÓ EN YAP.

Los periódicos de Madrid insertan correspondencias de lo ocurrido en Yap, recibidas de Manila.

Del «Imparcial» tomamos la que este periódico inserta.

Manila 15 de Setiembre.

Supongo á ustedes con un vivo interés por conocer lo que aquí pasa, y me apresuro á ponerles á la carrera unas cuantas líneas, más bien dándoles idea de las impresiones que en ésta priven, que no de la exactitud de los hechos, pues de ellos con seguridad poco puedo decir. Son el secreto de la autoridad superior, y nada puede afirmarse oficialmente. Vamos por partes.

De aquí salió primero el vapor *San Quintín* y luego el *Carriado*. Llevaban el nuevo gobernador, un médico y cura, secretario de la expedición. Además gran cantidad de ropa para los carolinos, debida á la caridad pública.

Todos vimos con gusto esta expedición, porque se venía hablando tiempo ha, de que los alemanes se habían propuesto apoderarse de aquellas islas nuestras.

Algunos días después sucedió una cosa muy extraña que nadie acertó á explicarse, y que después se ha relacionado con los tristes sucesos que hoy á todos nos preocupan. Un buque de guerra entró en la bahía de Manila sin izar la bandera, y los que tuvieron ocasión de verle afirman que llevaba el nombre tapado con una lona. Desde la torre del vigía se le hizo señales, á que no contestó, y después zarpó haciendo algunas exploraciones al parecer en las inmediaciones de la bahía. Al verlo cerca de la punta del Corregidor, el capitán del puerto creyó indispensable mandar una embarcación á investigar que buque era y cual su propósito en aquel misterio en que se recataba.

El barco nuestro no encontró ya al buque desconocido: se había alejado, sin que se pudiera sospechar su rumbo.

Al poco tiempo empezó á reinar aquí la mayor ansiedad. La guarnición y muchos indígenas trabajaban sin descanso en la fortificación del puerto y en preparativos de defensa de los fuertes. Los trabajos han sido tan continuos, que en este clima tan caluroso han hecho que enferme de calenturas una parte considerable de nuestros soldados.

La creencia de que teníamos un conflicto con Alemania empezó á cundir en todos los ánimos. De un día á otro se esperaba ver llegar buques alemanes; pero, sea dicho sin jactancia, tanto los europeos como los indígenas, todos hemos estado decididos desde el principio á derramar la última gota de sangre en defensa de

nuestra adorada España. Podrán hacer pedazos de nuestras personas ántes, que llevarse uno solo de nuestra tierra.

Han salido después otros varios barcos, sin que se nos diga con que destino, pero aquí se ha supuesto que iban á las Palaos y á las Carolinas. Por último, un día con sorpresa de todos, se sabe que ha arribado el *San Quintín* y que vuelven en él todos los expedicionarios, con los materiales que llevaron y las ropas.

¿Que había pasado? Una acción de guerra no podía ser, porque no traían desperfectos ni la marina española retrocede ante la lucha.

Buscamos los periódicos, y nada. Aquí la censura se ejerce con tanto rigor, que he oído á algunos periodistas que no les dejan recibir los telegramas más sencillos que les mandan de Hon-Kong y de Singapore.

Alejado como estoy de los centros oficiales, solo diré lo que aquí se cuenta en todas partes.

El *San Quintín* y el *Carriado* llegaron sin novedad á Yap. Desembarcaron el primer día unas piedras destinadas á levantar un edificio y enviaron emisarios indígenas para reunir á los reyezuelos que habían de reconocer, no ya nuestra soberanía, sino la nueva autoridad que iba á representarnos. Desembarcando unas horas y á bordo otras, los expedicionarios españoles estuvieron cuatro días en aquellas aguas. En la noche del cuarto, reinando una fuerte marejada y cayendo un fortísimo chubasco, llegó una corbeta de guerra alemana, sin que fuera vista por nuestros marinos. Apenas fondeó envió á tierra un bote con el capitán, algunos oficiales y marinería.

Lo primero que hicieron al saltar á tierra fué izar la bandera de Alemania, llamar á los reyezuelos, que ya se hallaban reunidos por las diligencias de los nuestros. En media hora dicen que se convinieron con ellos, menos con uno que protestó á su manera y fué preso, habiendo estado detenido todo el día siguiente. Lo cual nos hace aquí á todos creer que en aquellos naturales sencillos y tímidos, se ha ejercido coacción y amenaza para arrancarles un consentimiento ó testimonio, pues no se sabe en que concepto los han utilizado.

Los del *San Quintín* se apercibieron de que pasaba algo extraordinario, y lanzaron una lancha á tierra, en la cual fué un teniente de marina segun creo, el médico y algunos marineros, quienes por si pretendía alguien poner en duda la ocupación material, que ya llevaba varios días de fecha, enarbolaron la bandera española en sitio bien visible. Al amanecer, las dos banderas, la española y la alemana, ondeaban frente á frente.

¿Que pasó después? Aquí empiezan los misterios, que no podemos explicar. Lo que se sabe es que á las doce del día fué arriada la bandera española, que todos los expedicionarios, con las autoridades nombradas, etc., sehan vuelto aquí.

La irritación popular es grandísima, indescriptible, hay marinos viejos á quienes he visto llorar de rabia.

Yo no puedo dudar del valor de nuestros marinos. Es más: estoy seguro que, aunque tuvieran que pelear con fuerzas dobles, éstos, que son hoy tan discutidos, se hundirían con honra en el mar antes que consentir la más pequeña ofensa á nuestra bandera y á su nombre.

Y sin embargo, todo el mundo está descontento y todo el mundo cree tener razón.

Lo que haya de enigma en todo este asunto, como no lo sé, no lo puedo decir.

Los armamentos y las obras de defensa han seguido y siguen, aunque últimamente no con tanta actividad.

El espíritu público muy valiente y muy entero.

Si ha de venir la guerra, que venga, que aquí no hemos de desmayar. Los indígenas, tan decididos y valientes como el peninsular más patriota.—Un español.

De complemento á la carta anterior pueden servir estas otras noticias que tomamos de una correspondencia dirigida á «El Correo.»

«El comandante del barco alemán se fué á tierra sigilosamente, como si tratase de dar un paseo, y á las ocho de la noche enarboló la bandera alemana; ánte éste proceder, tanto Capriles como España, Bayo, Pinzón y Godinez (segundo comandante del «San Quintín») determinaron arborar también nuestra bandera pretendiendo derecho de prioridad ánte lo que acababa de hacer el comandante del barco alemán, el cual pasó después al «San Quintín», celebrando una larga conferencia con el señor España, en la cual acordaron que quedasen enarboladas las dos banderas y fuera á Manila la corbeta alemana para comunicar con su gobierno.

Nadie sabe á que atribuir el cambio de opinión del comandante de la «Itis»; pero es el caso que á la mañana siguiente hizo saber á Guillermo España su decisión de quedar como dueños y poseedores absolutos de la isla, por lo cual el jefe de la expedición española, ateniéndose estrictamente á las instrucciones que llevaba, arrió la bandera española y zarpó para Manila, dando orden al comandante del *Carriado* (Manila) de

permanecer allí hasta recibir nuevas órdenes.

Dícese que Capriles, escudado en su carácter de gobernador, se opuso á que se arriase la bandera, pero al fin tuvo que ceder.

España ha sido destituido por telegrama del gobierno, y tanto á este como á Capriles se les sigue activamente sumaria, pero aquí creen que, tanto uno como otro, saldrán muy bien.

Aunque todavía—dice *La Epoca*—de las comunicaciones recibidas no se ha dado cuenta en Consejo de ministros ni tomádose, por consecuencia, resolución alguna, parece resultar que la conducta del teniente de navío Capriles, gobernador de la colonia, se ha ajustado completamente á las instrucciones que llevaba del capitán general de Filipinas, y que toda su conducta se digna de los mayores encomios.

VERSION ALEMANA.

La «Hamburger Correspondenz» publica una interesante carta de Yap con noticias que alcanzan al 30 de Agosto, es decir, cinco días después de la llegada del «Itis» á la isla.

Hé aquí la historia que hace de lo ocurrido entre los marinos españoles y los alemanes la carta del diario hamburgués.

En la noche del 21 al 22 llegaron el *San Quintín* y el *Carriado* (Manila) á la bahía de Yap.

El recién nombrado gobernador de las Carolinas, Sr. Capriles, bajó á tierra repetidas veces durante los cuatro días siguientes. Estuvo buscando y señalando emplazamiento para la iglesia, hizo desembarcar á los misioneros, llevó á tierra una porción de efectos y estuvo ocupado en otros trabajos preparatorios.

Tocaban estos á su fin cuando el día 25, á las cinco de la tarde, se avistó el *Itis*.

El comandante del cañonero alemán tuvo noticia de lo que ocurría por el práctico que le hizo entrar en la bahía. Se apresuró á anclar, y á las siete de la tarde mandó á tierra un destacamento, que se dirigió á la factoría alemana de que es dueño Hershheim, que es á la vez agente consular del imperio.

En medio del redoble de los tambores del destacamento y con las salvas de ordenanza, el comandante izó la bandera de Alemania y proclamó solemnemente el protectorado alemán sobre los territorios comprendidos entre los 0º y 8º, 8' de latitud, y los 133º y 146º de longitudinal Oeste (no sabemos si de París ó de Greenwich.)

Después de realizado este acto lo s